

## **Primavera.** MariaVallejo

Fue a finales de la primavera cuando la princesa se instaló en su palacio de cristal. Por eso, sus paredes y las paredes que rodeaban sus paredes, a veces dejaban pasar un resplandor fuerte, alegre, de anuncio de verano; otras, la luz mudaba su color, pero seguía siendo muy, pero que muy brillante. La princesa, al principio, no parecía darse cuenta ni de esto, ni de nada. Apenas salía: la aseaban, la alimentaban y la atendían siempre en sus aposentos, quizás porque se sentía demasiado débil como para abandonar su lecho.

Poco a poco, Su Alteza empezó a tener fuerza para observar a todo y a todos con sus grandes ojos muy abiertos; comenzó a conocer a cada vasallo, a percibir los olores que anunciaban cada rutina en palacio y a escuchar aquellos sonidos, que, a veces, no la dejaban descansar. Así, se dio cuenta de que aquel trajín diario respondía a unas pautas.

La más perturbadora de ellas, cuando sus sirvientes tenían que moverse con una rapidez inusitada y todo enloquecía, era la comida. El ruido era ensordecedor; con el tiempo, reconoció que aquel sonido procedía de otros príncipes y princesas que habitaban palacios similares al suyo y que, cuando iban a ser servidos chillaban protestando por la tardanza en ser atendidos, o, quizás, gritaban alborozados; no podía saberlo, porque, aunque los veía claramente a través de sus paredes de cristal el sonido de sus voces, afortunadamente, le llegaba amortiguado. Aun así, en ocasiones se alteraba tanto, que ella, con toda su principesca templanza, tampoco conseguía mantener la compostura y se unía a aquel coro de gritos sin sentido.

El aseo, siempre a la misma hora, era sin duda otro hito importante en el transcurrir diario y para ella, un enorme placer: además de que abandonaba momentáneamente sus aposentos, disfrutaba con el modo en que se afanaban sus doncellas untando con afeites todas y cada una de las partes de su cuerpo, para que quedaran limpias e hidratadas. Cuando la princesa regresaba a su palacio de cristal, con sus ropas impolutas, también su lecho olía a limpio y esa sensación la compensaba a medias de tener que pasar tantas horas allí encerrada.

También, empezó a reconocer que existía un momento crucial de su jornada, por encima de toda aquella actividad sorda y constante, que era la visita del emperador. La tomaba de la mano y la observaba detenidamente para intentar entrever el más mínimo de sus deseos o sufrimientos. Los lacayos pugnaban por dirigirse a él para ser escuchados, aunque fuera sólo un momento. Él a su vez preguntaba, interesándose por todo lo relativo al bienestar de la princesa y, al terminar el interrogatorio, daba a unos y a otros, multitud de órdenes. Aunque la princesa del palacio de cristal no recibía muestras de cariño del emperador y éste mantenía con ella una relación distante, de algún modo, sus encuentros la reconfortaban.

Todo era distinto durante las visitas de los reyes. Ellos, sí se mostraban cariñosos con la princesa. Al principio, era el rey quien venía a verla y después, todos, todos los días, venía la reina. Con ella podía salir a pasear y, además, parecía comprenderla con solo mirarla: la escuchaba con los ojos muy pendientes de cada uno de los sonidos que su boca emitía, y sobre todo la ponía contra su pecho y le decía cosas muy bonitas al oído. A veces le hablaba de llevarla con ella a su castillo y, en ocasiones, hasta le cantaba muy bajito. A la princesa, cada vez se le hacía más duro cuando la dejaba de vuelta en su palacio de cristal; era, sin duda, el peor momento de la jornada ya que se quedaba triste, vacía, melancólica y no se reponía por mucho que sus sirvientes se afanaran en consolarla.

Así que, intentó comunicarse con los demás; trató de explicarles que, aunque la cuidaban diligentemente, ella quería salir definitivamente de su palacio de cristal; sin embargo, nadie la entendía. Probó a compartir su inquietud con sus congéneres, pero no parecían verla. A decir verdad, dudaba de ser oída por ellos, ya que, por mucho que les chillara, no reparaban en su presencia y solo conseguía que alguno de los sirvientes se acercara a atenderla. Estos, se limitaban a hacer su trabajo y, aunque a veces le dedicaban alguna sonrisa, tampoco respondían a sus súplicas. Por su parte, el emperador siempre parecía demasiado ocupado y, por mucho que intentaba decirle que quería ir al castillo donde vivían los reyes, él la escuchaba cortésmente, pero no atendía sus demandas.

Sin embargo, un día, el más feliz de su corta vida, ambos monarcas fueron juntos a su palacio de cristal y parlamentaron con el emperador. Este les dijo que podían llevársela a casa, que le daban el alta de la unidad de neonatología porque ya no necesitaba seguir en la incubadora.